



Romance famoso de la Posada del Sol

I

Santisima Virgen del Carmen
dame inspiración y gracia
para que pueda cantar
a esta famosa posada;
para que mis ditirambos
y cumplidas alabanzas
lleguen a los más remotos
rincones de la comarca.
Para que todos conozcan,
desde Aragón a la Mancha,
desde Murcia hasta Castilla
la maravilla de Játiva.

Posada del Sol le dicen
Posada del Sol la llaman.

Un cuadrado su amplio patio,
galerías, anchas cuadras.

Sabor de mesón vetusto,
sabor de vieja posada,
como lo son las manchegas,
como son las toledanas.

En un rincón, tras el ancho
portalón que hay en la entrada,
un hogar y gruesos troncos
junto a la leña apiñada.

Calor para los arrieros
luego de jornadas largas.

Fuego que arde noche y día
y entibia frías veladas.
No lejos, el viejo armario
que un añejo vino guarda:
vino que da vida y sangre,
vino que nunca embriaga.

II

Cuentan las viejas leyendas
que de viejas, ni archivadas
se encuentran, si recogidas
por juglares que cantaran
en tiempos lejanos, una
historia de la posada.

Erase el Sol y la Luna.

El galán, ella galana.

(Los astros también tuvieron
celos, rencores y andanzas.)

El Sol enamorado

de una estrella se prendara,
hermosa, fina y brillante
con cabellera de plata.

Supo la Luna celosa

los amores con la ingrata
y un día le dijo al Sol
entre tímida y airada:

—Otro Sol vas a tener
de la tierra en la morada,
que competirá contigo
en resplandores y gracias.

Y así otro Sol en la Tierra
brilló milagroso. Tanta
fué la airada furia
de la bella Luna blanca.

El Sol, ya viejo y cansado
de desventuras y andanzas,
se llegó a Játiva un día,
se refugió en la posada
a la que dió nombre y lustre,
a la que dió prez y fama.

III

Pasaron lustros y lustros
lustros y lustros pasarán.
A principios de este siglo
un mesonero de Játiva
que supo esta vieja historia
se aposentó en la posada.
Vicente Doceda dicen,
Vicente Doceda llaman.
Nunca mejor posadero
en mesones se encontrara.
Hora a hora, día a día,
de la noche a la mañana,
año tras año, trabaja,
trajina siempre, se afana.
Hay que conservar el lustre
el esplendor y la fama.
Y no es vivir su vivir.
Ni descanso ni paradas
en su laborar constante,
en su trajín por la casa.
Entra y ~~sale~~ sale, sale y entra
desde el portal a la cuadra,
desde la cuadra al fogón
a vigilar la vitualla.
Si come es porque comer
es indispensable. Si habla
es porque el hablar anima
a caminantes que largas
leguas han recorrido
por las carreteras blancas.
Si bebe, porque el beber
anima, conforta y sana.
Si fuma, porque el fumar
distráe penosas jornadas.

Y mientras, la mesonera
en la cocina se afana:
que nada falte al arriero
lejos de su pueblo y casa.
La mesonera es amable,
modosa: mira y se calla.
En la cocina, dos mozas
garridas, Josefa y Paca,
mezclan sus chorros de risa
con claros chorros de agua.

Y fuera en el patio, el cuarto
del mozo de la posada.
Félix Galindo le dicen,
Félix Galindo se llama.
Milagro de resistencia:
nunca se duerme en la cama.
Al medio día se sienta
y en una silla descansa.
¡Qué buen mozo, el mozo Félix!
¡Qué correcto! ¡Vigilancia
mejor no puede pedirse!
¡Ni más firme confianza!
¡Cómo corre a los malvados
que sus comidas no pagan!
¡Y como cuida a las bestias
y como sabe engancharlas!

El ayudante de Félix
es el bueno Pablo Illana.
Manchego de pura cepa
del corazón de la Mancha.
¡Cómo doma los caballos!
¡Qué buen jinete de jacas!
No es matón ni pendenciero;
pero cuando alguno falta
al buen Vicente Doceda
el tranquilo Pablo Illana
enfurecido y coérico
sabé apretar las gargantas.
¡Qué buen jinete es el Pablo!
¡Y qué valiente! ¡Otra alhaja!

Y un vigilante modelo
por si algo les faltara:
Pepe, el magnífico Pepe,
—gabán, llaves, boina y gafas.—
En sus paseos nocturnos
vigilando las moradas
recios golpes da en las piedras
con el cuento de su lanza
para amedrentar ladrones,
para avisarles que pasa.

Y aquí termina el ROMANCE
de esta posada de Játiva